

Octavio Averhoff y Plá

Resulta difícil hablar de nuestros contemporáneos. La implacable lucha por la vida ha ido estableciendo en torno a cada uno de nosotros, una serie de sentimientos antagónicos que sería prolijo enumerar y que hacen de todo punto imposible que podamos ser o aparecer imparciales cuando juzgamos en vida, a los hombres que intervinieron, como factores decisivos en hechos y acontecimientos que nos afectaron directamente.

Sirvannos las precedentes líneas para librarnos de toda suspicacia. Ellas harán comprender a los espíritus desapasionados y libres de resentimientos, los propósitos que nos guían a reconocer paladinamente, en quienes los poseen, el mérito y el valer. Esta labor justipreciadora acaso sea también, por otra parte, moral y necesaria. No estamos tan sobrados de hombres excepcionales dispuestos a llevar a cabo nobles empresas, para que desaprovechemos una ocasión de enaltecer a los que las han acometido.

El Congreso Internacional de Universidades, que tantos beneficios ha producido—confirmándose, con ésto, la predicción del eminente profesor norteamericano Edwin R. Seligman—nos coloca en la necesidad de hacer justicia al doctor Octavio Averhoff, actual Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Tocó al ilustre profesor, durante su gestión al frente del Rectorado de la Universidad, la labor de organizar el Congreso, y del acierto con que supo llenar su cometido, dice mucho el resonante triunfo alcanzado por esa reunión de eminentes profesores en la ciudad de La Habana.

No podía ser de otro modo. Los trabajos realizados por el doctor Averhoff en el Rectorado universitario, hacían vislumbrar ese triunfo. Durante los tres años en que estuvo al frente de los destinos del Alma Mater, el eminente profesor llevó a cabo una obra cuya verdadera importancia y transcendencia es imposible apreciar en estos momentos. Sería fatigoso exponer ahora, toda su bien orientada gestión ajustada siempre a las verdaderas necesidades del momento histórico. Conciliando puntos de vista inevitablemente en pugna, sujetándose a los elementos y recursos con que contaba, el actual Secretario de Instrucción Pública logró, durante todo el período que nos ocupa, llevar a la práctica, un vasto plan de reorganización y mejoramiento.

Pecaríamos de injustos si no reconociéramos que en ese triunfo del Congreso de Universidades, ha tenido también participación el Profesorado de nuestro primer centro docente, pero no seríamos tampoco justos si dejáramos de consignar que esa colaboración del Claustro, gustosamente brindada por todos sus componentes, fué antes solicitada por el doctor Averhoff, quien, apenas tomó posesión del Rectorado, formuló un cuestionario por medio del cual obtuvo de sus compañeros el eficaz concurso y la ayuda necesaria, para el programa que se proponía llevar a efecto.

De aquel programa, las diferentes partes hállanse hoy convertidas en hermosa realidad: Los hechos, que no las palabras, ponen de manifiesto actualmente, los beneficios que de él se derivaron. Ahí está la Comisión de Donaciones y Legados, cuyas gestiones han de tener por objeto crear un capital propio para la Universidad; ahí están las reformas de los planes de estudios, el establecimiento de nuevas escuelas y la organización de cursos preparatorios para el ingreso en aquellas que requerían del alumno preparación más eficiente que la Enseñanza Secundaria, porque en ellas se obtienen títulos, con los cuales el Alma Mater echá sobre sí, la responsabilidad de capacitar legalmente a quienes los ostentan para tener en sus manos, la vida, la hacienda y el honor de sus conciudadanos. Todos recordamos el "Día del Graduado" que mantendrá a los universitarios en contacto con la vieja "Alma Mater" cuando, terminados los estudios, abandonen, para comenzar una nueva etapa de la existencia, el noble recinto del saber y de la Ciencia.

Ese primer Congreso Internacional de Universidades, que acaba de celebrarse en esta capital, ha sido digno coronamiento de la obra del doctor Averhoff en el Rectorado y ha sido también, un triunfo de Cuba. Su celebración dió a La Habana una visión amplia de gran metrópoli, con la presencia de tanta personalidad eminente de otros países, que vinieron a fraternizar con nosotros con motivo de celebrarse el duocentésimo aniversario de la fundación de la Universidad de La Habana, y a brindarnos, gustosos, el tesoro inapreciable de sus conocimientos y de su experiencia, favoreciéndonos en nuestro empeño de mejorar la Enseñanza Superior. Pero, como si todo ésto fuera poco, el Congreso ha culminado



con la elección de nuestra capital para sede de la Asociación Internacional de Universidades, hermosa iniciativa de la Delegación Mexicana. Ese nuevo organismo, con el Instituto Americano de Derecho Internacional, y el Instituto Interamericano de Cooperación Intelectual, nos permiten acariciar la visión esplendorosa de La Habana futura, colocada en el Centro del Universo—que, por el desplazamiento gradual que experimenta desde hace siglos, se traslada en dirección occidental—cruzada por las mil líneas aéreas que atravesarán este hemisferio, y albergando en su seno, las más altas instituciones culturales del mundo.

No es posible desconocer la participación que, en la organización de esos congresos, tuvo el doctor Averhoff. Fué él quien restableció la quebrantada disciplina académica, quien acometió, en ese alto centro, la obra de reorganización general iniciada por el actual Gobierno; quien llevó cabo la reforma de los Estatutos Universitarios; quien supo poner en práctica, los planes de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, con acierto tal, que el Jefe del Estado, reconociéndolo así, lo llamó a ocupar la vacante ocasionada por el sensible fallecimiento del General Aemán, no mitigada aún la profunda pena que causó en todo el país, pérdida tan irreparable.

Dotado de una certera visión de estadista, el doctor Averhoff supo prever la desorganización social que traería como consecuencia la Gran Guerra, y como esperaba esa consecuencia, hallábanse preparado para ella. Así lo prueba el magistral discurso que pronunció con motivo de la inauguración del curso de 1916 a 1917, cuando, en plena contienda, al referirse a la lucha de clases que seguiría al conflicto, advertía a los alumnos que no debían ilusionarse ante tales conmociones. "No se olvide—les decía—que en realidad las luchas de clases no son impulsadas por el vago deseo de reformar o hacer más justa la legislación vigente; esa idea estará en la mente de algunos, y aparecerá como el ideal perseguido; pero las masas, que no se mueven sino por causas visibles, sólo aspiran a sustituir en sus puestos a los detentadores del poder y de la riqueza, o, al menos, a compartir con ellos su posición privilegiada. El derecho que ampara esos privilegios dejará de serles hostil cuando ellas los posean en todo o en parte. Más aún: el derecho establecido, les servirá para defender y mantener las posiciones conquistadas contra las nuevas clases que, a su vez, lucharán por lanzarlas de aquéllas. Difícilmente se encontrará en la Historia un sentimiento de la propiedad más profundo que el de las adquirentes, de los bienes confiscados a la Nobleza y al Clero durante la Revolución Francesa".

Estas ideas parecerán un tanto desalentadoras y escépticas a los idealistas exaltados que sueñan con un mejoramiento social; pero, no cabe duda, que ellas revelan un sentido exacto de la dura realidad y ponen de manifiesto cómo el doctor Averhoff ha sabido aprovechar ventajosamente, las lecciones de la Historia.

Llevado al Rectorado por sus compañeros de Claustro en los precisos momentos en que era necesario realizar una intensa y enérgica labor, el doctor Averhoff, por su excelente preparación, por su cultura, sus talentos y sus dotes de carácter, resultó ser "el hombre a la altura del acontecimiento".

Los múltiples trabajos en que culminaron sus brillantes iniciativas—que hemos ligeramente anotado—realizados de manera inteligente y acertada, proclaman la justicia los elogios a él tributados, por los insignes profesores extranjeros que acaban de visitarnos con ocasión del Congreso Internacional de Universidades.

Uno de ellos, de los más relacionados con nuestro país, ha dicho precisamente, éstas o parecidas palabras:

—"Vuestro más alto centro docente, merced a la gestión del doctor Octavio Averhoff, ha mejorado en todos los órdenes: ha intensificado sus labores y se encuentra en una etapa floreciente en la historia de su desenvolvimiento. Por ello, el eminente profesor tiene que ser colocado entre las grandes figuras que lo enaltecen y que, en todas las épocas, a lo largo de sus dos siglos de existencia, han trabajado por su progreso y contribuido a su gloria".

TOMAS MONTERO.

M. Montero 12/20